

OCEDENTE

«Somos en el pueblo sólo cuatro mujeres, y no precisamente muertas, estamos vivas», dice Blanca Lago. «Fueron tres mujeres que se refugiaron un día de frío y la nieve y el hielo las arrastró al pozo», afirma Guadalupe Yáñez. «Dicen de esas cosas, pero el

origen debe de estar escrito en alguna parte», sentencia José Ganso. «Sí, pero faltaba encontrar el sitio donde tienen archivado éso», replica Manuel Villanueva. Así se escribe una de las leyendas más arraigadas de la montaña asturiana, la del mítico Pozo

de las Mujeres Muertas, un puerto de montaña entre Allande e Ibias cuya denominación es presagio de cosas tremendas, horribles y evocadora de los títulos con mayor fuerza del género del terror. Aquí se cuentan los secretos de tan curioso topónimo.

El secreto del Pozo de las Mujeres Muertas

El curioso topónimo de este puerto de montaña entre Ibias y Allande, mitad leyenda mitad degeneración lingüística, provoca cada invierno multitud de llamadas para conocer su origen

Allande / Ibias,
Jorge JARDON

El nombre y el lugar tienen tal impacto que a nadie se le ocurre pensar que el Pozo de las Mujeres Muertas, esa altitud que siempre resuena en tiempo de copos, tenga su origen en un accidente cualquiera, al azar, o en una causa natural. Todo el mundo se sacude y su imaginación marcha siempre hacia los lugares más macabros del pensamiento y alimenta historias marcadas por el sino de la tragedia hacia unas mujeres que nunca existieron.

El Pozo de las Mujeres, un puerto de montaña de sólo 1.098 metros, está enclavado en una especie de nudo que amarra a tres concejos, Cangas del Narcea, Ibias y Pola de Allande, y que, de ser un lugar semidesconocido del que muy pocos habían oído hablar, incluso en Asturias, pasó a recobrar personalidad a medida que empezaron a alcanzar mayor difusión los partes meteorológicos sobre el estado de los puertos en épocas de nieves. Su anónima existencia empieza a tomar vida cuando asoman los rigores del invierno y en toda España se enteran de que no se puede circular por un lugar tan siniestro, en el que existe un pozo en el que hubo mujeres muertas. Desde el calor del hogar, millares de personas se hacen la misma reflexión y todos se preguntan el por qué del nombre y comentan qué habría pasado en el lugar para tan macabro topónimo.

Qué carta quedarse

Pues bien, la respuesta tampoco parece del todo clara y todo se mueve entre la leyenda, la imaginación, la investigación, la degeneración de las palabras con los usos. Resulta difícil saber con qué carta quedarse. Pero tal vez este misterio, el tremendismo que pesa sobre la zona, la desolación, sean la causa de tanta atracción y lo que más despierta el interés por acercarse al paisaje y a los escenarios de las mujeres muertas. Por el lado de Allande es Villalaín el pueblo más próximo al lugar de los horrendos sucesos. Dista seis kilómetros de la cumbre del puerto. Está disimulado en el desnivel de la carretera, es negro como la leyenda y resulta difícil encontrar mujeres, ya que sólo hay cuatro. La más joven, Blanca Lago, de 35 años, no se siente impresionada por la leyenda, aunque siempre oyó la historia: «Pero eso fue en otro tiempo, tal vez cuando los moros, pero en la actualidad quedamos cuatro y estamos vivas». Cuenta Blanca que cuando llega el invierno y el pozo adquiere notoriedad, las llamadas de todos los lugares son incontables para preguntar por la curiosa historia de las mujeres.



Guadalupe Yáñez, que cree a pie juntillas en las leyenda del pozo. A la derecha, Blanca Lago con su hijo, que recuerda relatos de origen morisco ligados a las mujeres muertas.



JORGE JARDON



JORGE JARDON

Una vista del Pozo, donde había aguas estancadas para lavar el mineral que se extraía de Ibias y Valledor.

José Ganso, que lleva toda la vida en el pueblo, dice que los viejos «no se acuerdan de si hubo refranes sobre eso, pero que el origen debe de estar escrito en alguna parte». «Sí», exclama ahora Manuel Villanueva, «pero falta encontrar el sitio en donde tienen archivado eso, porque conoceríamos la verdad de lo que pasó». Manuel, con todo, parece abandonar sus creencias primeras y ya

empieza a tomar posición sobre explicaciones más recientes, las que sostienen que no se trata de «muliere», sino de «moliare», cuyas derivaciones acabaron en lo que acabaron. De todas formas, los vecinos creen que el espectro de las mujeres muertas está muy distante y les preocupa mucho más la incomunicación en tiempo de nieves, hasta el punto de recordar aún el año en el que para

poder atender a una mujer enferma hubieron de juntarse los vecinos de seis pueblos y trabajar con palas sin parar durante tres días para poder pasar a Cangas.

Al otro lado del pozo, ya en Ibias, el pueblo más cercano es Valvaler, en donde la creencia está absolutamente asumida y es respetada como un dogma de fe. «No sé si eran de Ibias o de Allande, pero morir murieron»,

explica Guadalupe Yáñez. Aunque no acierta a saber de qué manera hallaron la muerte las infortunadas mujeres, oyó hablar de que se habían refugiado del frío en una oquedad de las minas y que la había arrastrado la nieve y el hielo. Otra mujer, que no quiere salir en los papeles, va más lejos y pone el dedo en la llaga: «Siempre oí que eran de Africa y que las mataron porque camelaban a los hombres, y que una tenía un collar tan bueno que, al querer arrancárselo, las bolas salieron rodando por el pozo y nunca en la vida aparecieron».

Pero como ocurre casi siempre, la leyenda, mucho más hermosa, se ve ensombrecida por la realidad, al menos por la que defienden algunos investigadores, que hacen referencia al pozo de «las aguas muertas o estancadas», aduciendo para ello que «moliare» (mojar) fue atraído por «muliere» (mujer), siendo este el paraje en donde se canalizaba el agua para beneficiar el mineral de toda aquella zona minera de Ibias y Valledor. Ante esto, es defendible la postura de los vecinos de aferrarse a los relatos que les alimentaron desde la cuna, porque el día que se borren será señal de que sucumbimos a fauces del dramático virus del aburrimiento y de la falta de imaginación. Que es, no lo dude nadie, el peor de los virus, más dañino que el de la economía.